

uvas perdidas del racimo intacto y bello de sus primeras vendimias.

¿Sensualidad? Alguien ha dicho que es ella el sólo pretexto de la verdadera poesía y en su nombre, como en el de la libertad en materia política ¡cuántos crímenes de incomprensión, de falsa audacia, y de sincero, vil impudor, no cometen nuestros escritores actuales! La poesía (declamaban los amigos de Ramón López Velarde, el gran poeta equivocado de ZOZOBRA) es el pasmo de los cinco sentidos. El maestro—el juvenil incierto maestro—lo logró por breves horas en el escenario de nuestra literatura. ¿Los discípulos, de todas las edades—había entre ellos quien contaba más años que pecados—concebirán acaso con claridad y luz bastante lo que afirman con tan excelente convicción? De López Velarde han subsistido un relámpago de gloria y un fresco vaho de esperanza, pero por desgracia las obras de sus imitadores huelen ya a retórica, a la más prosaica retórica de oficina y de almacén y las afea ostensiblemente cierto tono emasculado que afemina la emoción, alargando los trazos como un viejo cuaderno de modas hojeado mucho tiempo por las buenas señoras de provincia.

Junto con la sensualidad, el criollismo fué por entonces, hace ya tanto tiempo, ¡por lo menos tres años!—el gran éxito de temporada en los tablados literarios de la farsa.—Llamo criollismo el afán de nacionalizar a fuerza de una literatura que no tiene en sí propia todavía el vigor bastante para imponer su sello peculiar a las demás. Movidos del patriótico deseo de revestir a la obra escrita con los colores trigarantes, algunos poetas se agruparon para iniciar la obra de nacionalización. Por desgracia todo terminó pacíficamente en opereta. Los dos kilómetros cuadrados que hacen la superficie del territorio mexicano pesaban con exceso en el corazón de nuestros pequeños héroes y prefirieron quedarse frente al escenario del Teatro Lírico. Charros y chinas poblanas bajaron desde la revista de género chico a las páginas de vanidad grande y comenzaron los jarabes, los zapateados y los huapangos de la literatura con uno que otro gangoso guitarreo que nos acatarra todavía trágicamente el corazón. La pendiente era fácil. De ese apasionado nacionalismo que era en realidad el retorno de Maximiliano, sólo queda un paso para llegar al intervencionismo. Y esto fué precisamente lo que ocurrió. Los Estados Unidos con sus grandes industrias, con sus avenidas alucinantes y sus atormentados mecanismos sedujeron la bondadosa credulidad de un grupo de jóvenes que se llamaban a sí mismos avanzados. Una vez descubierto el universo—siempre se empieza por ahí—tomaron posesión, en el papel, del imperio de la máquina y del tranvía. Todo fué entonces anuncios, ferrocarriles, cabarets y groserías. La cosa hacía ruido y se le llamó con cierta exactitud no exenta de buen gusto, *estridentismo*. Se ataron las latas vacías de salmón a las rotativas de algunas revistas y hasta hoy sigue el asunto moviéndose descompasadamente ante la expectación temerosa de los críticos oficiales.

Esta es, sin nombres, la historia lógicamente abreviada de las ideas antagónicas que ha sugerido la obra de González Martínez y de las teorías poéticas—iba a decir políticas—que se han recomendado

como eficaces antidotos (se trata al fin y al cabo de un doctor) contra el mal abstracto, la literatura del pensamiento, la nobleza sosegada de la frase y el decoro discreto de la emoción.

Hemos logrado de esta suerte, analizando los defectos señalados por la crítica menos benévola al poeta, atisbar ventajosamente sus cualidades. Se le ha acusado de ser lírico—abstracto, retórico, frío y no mexicano. La obra de sus rivales nos autoriza a sustituir unas palabras por otras. Cuando se le llame abstracto, califiquémoslo de reflexivo; cuando se le diga retórico pensemos: simplemente clásico. Si frío ¿por qué mejor no llamarlo decoroso y varonil? ¿Si no específicamente mexicano, por qué no humano y universal también?

La obra lírica de González Martínez está aún demasiado viva entre nosotros (no es ni siquiera de ayer) para que la estudiemos sistemáticamente.

Bástenos asegurar que no hay otra en México tan vigorosa, tan unida y a la vez tan simple, ni la de Othón, desigual y arrítmica, no obstante el ritmo clásico en que la compuso; ni la de Neruo, tan honda y clara en ciertos matices, tan delgada de materia poética, por desgracia, en otros; ni la del mismo Díaz Mirón, alto y rotundo como una ola inmensa del Pacífico; ni la de Urbina, gota de llanto dulce; ni aun la de Gutiérrez Nájera, que sólo dejamos al final de la enumeración, con cierta pueril malicia, como para poder tenerlo más pronto presente a nuestro recuerdo. Y al afirmar que la obra de González Martínez es la más completa y orgánica de las obras líricas de los poetas de México, no establecemos—¡Dios nos libre!—jerarquías de perfección. Demasiado se ha dicho que no hay diferencia entre méritos absolutos y nos bastaría releer cualquier gran poema de Díaz Mirón o de Gutiérrez Nájera para sentir, en uno, la garra luminosa del león del zodiaco y en otro el humanísimo sollozo del romántico ruseñor. A nadie habría de ocurrirle establecer escalones entre estos momentos—felices de la poesía mexicana. Quédese quién así lo prefiera con el canto velado y unisóno de Urbina. Quédense otros—yo el primero—con el rumor de selva y el apasionado grito de Othón, pero todos reconozcamos en González Martínez al poeta que, quizá por más afortunado que otros, ha sido,—como nadie—fiel durante la vida a su primera vocación.

Laboriosa y constante, su existencia ha preferido los moldes definidos para vaciar en ellos el caudal de pensamientos que entrañaba. Desde los *SENDEROS OCULTOS*, su primer libro de gran poeta, hasta el volumen de las *PARÁBOLAS*, González Martínez ha descrito, con la perfección minuciosa y simple de un compás musical, un círculo inimitable.

Poeta del optimismo inteligente, comprende como José Vasconcelos que toda conformidad con la vida es vil, pero sabe también que todo decaimiento es cobarde y sobre la destrucción de sus ídolos funda la ciudad ideal del espíritu y del corazón.

En años en que a la juventud de México, de este México ingrato que ahora le olvida como olvida siempre a quien mejor le quiere, faltaban todos los ímpetus, él solo, como el barquero del poema de Verhaeren, con una verde caña entre los dientes, remaba contra las ondas enemigas.

En horas en que el falso nacionalismo de sus